

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1958 - Núm. 87



SEVILLA

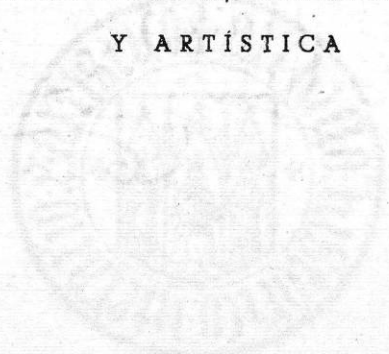
PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



EJEMPLAR NÚM. **192**

DEPÓSITO LEGAL, SE - 25



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1958



Tomo XXVIII
Número 87

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1958

ENERO - FEBRERO

Número 87

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—D. Alberto BALBONTÍN DE ORTA.—D. Juan DELGADO ROIG.—D. Eloy DOMÍNGUEZ RODIÑO.—D. José HERNÁNDEZ DÍAZ.—D. Federico JIMÉNEZ ONTIVEROS.—D. Manuel JUSTINIANO MARTÍNEZ.—D. Celestino LÓPEZ MARTÍNEZ.—D. Enrique MARCO DORTA.—D. Cristóbal PERA JIMÉNEZ.—D. Angel RODRÍGUEZ QUESADA.—D. Joaquín ROMERO MURUBE.—D. José RUBIO RIVAS.—D. Francisco RUIZ ESQUIVEL.—D. Tomás SALAS SÁNCHEZ.—D. Federico VILLANOVA HOPPE.—Director, D. Luis TORO BUIZA.—Secretario, D. José Andrés VÁZQUEZ.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- Leopoldo Cortejo. — *El médico en la literatura española*..... 9
Francisco López Estrada. — *Memoria de don Miguel Romero Marti-
nez (1888-1957)*. (Una ilustración fuera de texto)..... 47
P. Arturo Alvarez, O. F. M. — *Tradición concepcionista de la Provin-
cia Bética [II]*..... 59

MISCELANEA

- Felipe Cortines Murube. — *Don Tomás de Anoria en La Puebla de Ca-
zalla. Indagación del apellido heroico*..... 93
Salvador de Quinta. — *Fray Cipriano de Utrera*..... 99
*** *Premios y becas de la Excm. Diputación Provincial. (Patrona-
to de Cultura)*..... 103

- LIBROS: Varios..... 109

- CRÍTICA DE ARTE: *Música*, por Norberto Almandoz..... 117

- CRÓNICA: José Andrés Vázquez. — *Cronista Oficial de la Provincia. —
Mayo y junio, 1949*..... 125

EL MÉDICO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

ARTICULOS ORIGINALES

ARTICLES OF ORIGINALS

EL MÉDICO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

Presencia del médico.

Indudablemente, el médico representa uno de los más firmes valores de la sociedad. ¿Se concibe una comunidad de seres humanos que no cuente, entre sus componentes, con alguien dedicado al alivio y curación de los dolores de sus semejantes? Y, sin embargo, cuando el médico ha perdido su primitivo carácter sacerdotal o taumatúrgico, cuando la sociedad ha dejado de ver en él un ser realmente superior e intermediario entre los dioses y su precaria naturaleza, cuando le ha considerado simplemente hombre, con vicios, virtudes, grandezas y miserias, se ha vuelto decididamente contra él. ¿Por qué? ¿Por desconfianza simplemente? El agudo Montaigne prescindía de los médicos diciendo que no les necesitaba para nada porque todos sus antepasados habían vivido muchos años y él esperaba seguir ese camino. Y, a pesar de todo, lo cierto es que las gentes todas, incluso los Montaigne que aún puedan quedar esparcidos por la tierra, cuando sienten que les llega la hora recurren a todo. Incluso a los médicos.

Y es que en el médico, quiérase o no se quiera, lo divino y lo humano se mezclan como la fuerza curativa de un medicamento en los diversos componentes de la fórmula magistral. No en vano el primer gran médico de la humanidad fué Cristo, y no en vano en la mente de un Semelweis, de un Erlich o de un Flemming ha sido posible la luz capaz del fabuloso milagro de salvar millones de vidas. Las gentes hubieran preferido siempre

el simple contacto de una mano, el roce con el vuelo de unas vestiduras, pero también en los dedos que empuñan el bisturí y en el líquido encerrado en la transparente jeringuilla pueden estar la salud y la vida. En todo caso, no es culpa del médico que la humana naturaleza sea tan complicada ni que sus poderes sean tan limitados que él mismo haya de entregarse vencido cuando el reloj de su vida marca el último minuto.

Quiere esto decir, en definitiva, que el médico sigue siendo uno de los más famosos personajes de la comedia humana. Podrá alabársele o podrá llenársele de vituperios, pero nunca se le podrá desconocer. Ni siquiera cuando el hombre vive más y mejor, gracias al desvelo de quienes lo hicieron posible, puede volverse de espaldas a la Medicina. Y eso que, frente a esa ironía tradicional que ha venido convirtiéndole en víctima a través de los siglos, el médico puede ostentar con orgullo la ejecutoria de ser el único que trabaja constantemente por destruir sus propios medios de vida.

¿A qué se debe, si no, la situación de angustia profesional en que vive el médico de nuestros días? Hay menos enfermos, las enfermedades se curan más rápidamente, los hombres alcanzan edades más avanzadas, y todo esto supone menos trabajo, más dificultades económicas, sacrificios, renunciias, malestar en una palabra. Y el médico sigue prodigando su ciencia y su sonrisa, olvidando las ofensas, perdonando las incomprensiones. ¿No asoma aquí la raíz de lo divino glorificando una figura que gravita enormemente sobre la marcha indecisa de la humanidad?

Por eso el Arte, la Historia, la Literatura, la Filosofía, cuanto supone preocupación humanística y cuanto de un modo o de otro refleja los acontecimientos vitales que el hombre ha ido engarzando a lo largo de los siglos, están impregnados de sabor médico, de lucha contra la enfermedad y la muerte, en la cual hay que distinguir dos cosas: la anécdota, la pequeña historia de los acontecimientos, y el personaje, este *homo sapiens* convertido por su vocación en nieto de Esculapio, que se mueve como un pigmeo valeroso contra fuerzas infinitamente superiores. Acaso por esta condición de pigmeo medio divino y medio humano, los escritores de todos los tiempos se han creído en la obligación de disecarle como a un bicho raro e incluso ponerle sobre la platina de su imaginario microscopio para contar después a los demás lo que creen haber descubierto. Una ciencia como otra cualquiera, por supuesto. Mas una ciencia que puede tener sus imperfecciones y deformidades, sus fallos, su patología, digamos en nuestro propio lenguaje. Y en este caso, nada más justo que ponerla en manos del médico, que al final y al cabo

sabe aplicar remedios para todos los males con la sonrisa en los labios y en la mirada el perdón.

Vida y Literatura.

El escritor, el hombre que se dedica al cultivo de las letras, digamos con más propiedad, piénsese como se quiera no hace otra cosa que copiar. Copiar, eso sí, lo que ve, lo que siente, lo que oye, lo que piensa. Todo cuanto va a parar a las cuartillas ha estado antes en otro sitio, tal vez expresado en un lenguaje que los demás no aciertan a descifrar y ese es el singular mérito del novelista y del poeta. Pero, en resumidas cuentas, lo que el escritor ve u oye o piensa y siente, está encerrado en las fronteras herméticas de lo que es consubstancial con la naturaleza humana, dentro de la vida y en la vida misma, más acá de la muerte. Todo lo que escapa a este círculo no es otra cosa que pura entelequia.

Por eso, puede decirse que la vida, con sus altibajos, con sus sorpresas, con sus incertidumbres, es pura literatura, sucesión interminable de anécdotas, unas veces sorprendentes y otras aburridas. Hemos escrito que interminable y esto no es cierto; hay un momento en que el hilo de la narración se rompe, y el personaje —el hombre—, después de su última pirueta, se desvanece definitivamente. Donde acaba la vida, acaba la literatura también. El hombre es, por tanto, el *primum movens* del fenómeno literario, y no ya el hombre vulgar, el hombre que ni siente ni padece, sino más bien el hombre que tiene algo de extraordinario, algo que le eleva por encima del nivel de la mediocridad.

Justamente por eso, la Literatura ha ido buscando siempre el personaje extraordinario, y si en ella encontramos al médico con relativa frecuencia, hemos de pensar que en la elección hay implícitamente reconocida una superioridad que, al fin y al cabo, dice mucho en favor de nuestra categoría social. "Ladran, luego cabalgamos", podríamos decir recordando las palabras inmortales. Mas lo cierto es que escriben, no ladran, por lo que es nuestra propia vida en sí y por lo que en nuestras manos puede ser la vida de los demás, y aquí es donde la Literatura se convierte para el médico en juicio y el literato en juez, y —¡cómo no!— el pobre galeno en ruín acusado.

A pesar de todo, desde nuestro banquillo les miramos hacer sin que del rostro del médico desaparezca la sonrisa indulgente. Ellos se han tirado al ruedo de la creación literaria porque han

querido expresar a su modo lo que la vida les enseñaba, y no es culpa suya si los ojos se les han quedado miopes o no acertaron a ver más que a través de una confusa neblina. Lo importante, de todos modos, es que la figura del médico no les pasó inadvertida, y si alguno —como Molière en Francia y entre nosotros Quevedo y Tirso de Molina—, volvió con reiteración paranoide sobre el mismo tema, sus razones íntimas, y más que íntimas secretas, tendría para ello. Que no en vano la subconsciencia del hombre es el reservorio donde se elabora la hiel de todos los rencores.

Mas ¿qué decir del médico que se ha sentido a su vez escritor y a quien le ha dado por reflejarse en las páginas de su literatura? ¿Juez y acusado a un tiempo? Esto no es posible, se dirá. Y, sin embargo, la vida del médico es también literatura, y lo es no solamente para los demás sino para él mismo, que se ve como le ven los otros, sabiendo además mirarse por dentro, en el íntimo espejo de su conciencia, y así conocerse mejor. Dos posibles versiones en una sola, por tanto. Y esto, sin contar con que la vida del médico es tan perecedera como la de cualquier hombre y que, por consiguiente, desde su humillación de hombre abatido por la enfermedad, ha de ver al médico como le ve cualquier enfermo, aunque eso sí, comprendiéndole mejor. ¿Por qué, entonces, no habría de aceptarse que el propio médico elaborase su retrato, como el artista se traslada a sí mismo al lienzo empleando sus propios pinceles?

No hay razón para estimar a priori que el médico, personaje literario de otro médico, pueda ser mejor o peor que el médico creado o enjuiciado por un escritor profesional. Es muy posible que el médico, visto desde la vertiente del que sufre sus achaques sobre un lecho no coincida exactamente con el médico que nosotros sentimos, con el que se acerca lleno de inquietud a ese lecho con el propósito de aliviar o curar. Pero esto no depende más que del modo distinto de enjuiciar la vida y cuanto con ella se relaciona. Si acaso, podemos añadir que el médico es uno y múltiple, como lo es el hombre, aunque ejecute los mismos actos instintivos y se someta a las mismas leyes universales; sólo se diferencian en lo que su formación profesional y humana permitan que cada cual presente una faceta distinta, y esto forma parte ya de la vida individual y específica que puede captarse o no por el escritor según su capacidad creadora. En todo caso, de la suma de estas individualidades puede nacer el personaje en abstracto, el médico como símbolo y compendio de un modo de hacer, pensar y sentir. Y esto es lo que importa: que la Literatura haya copiado de la vida lo que ésta tiene de singular o

extraordinario. Y que lo haya copiado sin dejarse enturbiar la mirada por la pasión.

Literatura y Medicina.

Que todo lo que se relaciona con la vida del médico ha interesado profundamente a los literatos, lo prueba el hecho de que ya en la antigüedad clásica los poetas latinos se ensañaron en sus epigramas con él. A decir verdad, los hombres de letras nos han tenido menos respeto cuanto más en la infancia se encontraba la Medicina. Hubiéramos seguido teniendo un carácter misterioso o sacerdotal y las cosas habrían sucedido de otra manera, como en la actualidad sigue ocurriendo con los curanderos, pero ser criaturas humanas, hacer ostentación de conocimientos especiales, y no curar siempre, es algo que no se nos perdona; si todavía empleásemos fórmulas cabalísticas y conjuros, si invocásemos poderes extratelúricos, sería otra cosa. Pero no: los médicos del medievo se empeñaron en sacarle fruto al diagnóstico mirando las orinas a través de un recipiente de cristal y el de nuestros días observando por el ocular de un microscopio, y el resultado ha sido que tanto los poetas como los caricaturistas no nos han tomado en serio.

Sin embargo, de aquella Medicina a esta otra que hoy se hace, media un verdadero abismo, y hay que reconocer que tampoco la inquina de los literatos y de los caricaturistas se asienta sobre las mismas bases. Hay que llegar al siglo XIX y especialmente a la literatura francesa del segundo Imperio y comienzos de la tercera República, para que la Medicina empiece a mirarse con más comedimiento y la figura del médico deje de ser ridícula para convertirse en interesante y hasta en abnegada. ¿Qué ha sucedido para ello? Sencillamente, que los grandes clínicos franceses han abierto de par en par a los novelistas las puertas de los nosocomios y de las clínicas, convertidas ya previamente por el progreso científico en templos del saber. Balzac, Zola, los Goncourt, Flaubert, y tantos otros, no hubieran podido ser los pontífices del naturalismo, si no hubieran penetrado en las salas de la Salpêtrière, acudido a las clases espectaculares de Charcot o aplicado a su quehacer novelístico las ideas geniales de Claudio Bernard en su *Introducción al estudio de la Medicina Experimental*. Quiere esto decir que la novelística del siglo XIX se distingue como ninguna otra por su inclinación a la Medicina, pero también que el contacto con la realidad, con la nuestra,

con la que los médicos vivimos y sentimos, les hace ver una figura de médico hasta entonces desconocida.

Nada tiene de extraño, después de todo esto, que invirtiendo los términos de las famosas pinturas de Goltzieus, el demonio se transforme en ángel ya que para ser nada más que diosecillo siempre le ha faltado al médico mucha distancia. Algunas de las novelas de esa época resultan verdaderas historias clínicas y es a partir de entonces cuando se da el fenómeno singular de que hombres que habían nacido para el arte médico se pasan con armas y bagajes al campo estricto de la creación literaria. Chejow, Schenitzler, Somerset Maugham, Cronin y nuestro Pío Baroja, son claros ejemplos de esta evasión por la cual nos viene una figura de médico dignificada y ennoblecida. No es que este sea el primer contacto histórico de la Medicina con la Literatura; es que por él la idea de que el médico es un hombre que observa, estudia y padece frente al dolor de los demás, gana terreno.

Es cierto que el médico actúa como un espectador más de la vida, como un espectador singular que no se parece a ningún otro, y esto lo ve y lo recoge la literatura moderna, dando al médico una versión que no se parece en nada a la ofrecida por nuestros poetas del siglo de oro. Naturalmente, esto no quiere decir que la contemplación del drama cotidiano que ofrecen la enfermedad y la muerte no sea asequible igualmente a los demás. Por serlo, se hicieron tan populares las novelas del naturalismo francés. Pero el saber médico se ha hecho ya mayor de edad y el escritor, si no nos admira, nos respeta cuando menos. Y a veces nos envidia, porque presiente que tenemos escondida en la manga de nuestra bata —esa bata blanca que nos sirve de uniforme tradicional—, la llave que nos abre la misteriosa intimidad de la criatura humana.

La Medicina, como decía en cierta ocasión el doctor Goyanes, es hoy cosa muy seria, y como todo lo profundamente serio no admite la burla ni la chacota. La sociedad sigue sonriendo levemente cuando se enfrenta con la sátira hecha a nuestra costa, pero ya los motivos son otros y el satírico tiene que desorbitar y sacar las cosas de quicio para provocar el chiste. La literatura festiva, por eso, deforma la figura del médico para ponerle en trance de irrisión. La propia inverosimilitud de muchas situaciones le absuelve, por tanto, de torpes ataques.

El médico en la literatura clásica.

Menester es, sin embargo, dejar a un lado estas disquisicio-

nes y penetrar con paso decidido en la selva poética que tantos ingenios han ido haciendo posible a expensas de la desventura del médico. De la desventura y de la inevitable ignorancia, pues, nadie nació enseñado ni la Medicina se hizo mayor de edad por arte de encantamiento. Por eso, la incomprensión de los poetas satíricos resulta muchas veces imperdonable a no ser que pensarán, como nosotros hoy, que ningún tiempo pasado fué tan esplendoroso.

Tal vez la más antigua y punzante sátira salida de la pluma de un autor hispanolatino contra los médicos sea el epigrama de Marcial que dice:

Era médico Diaulo
y es ahora enterrador;
de esta manera practica
la Medicina mejor.

Después de esta lanzada, ¡cuántas en el sufrido costado del médico y de la Medicina! Repasando la literatura del siglo de oro, son tantas las alusiones festivas a cargo de la incompetencia de los nietos de Hipócrates, que parece como si el hecho de escribir contra los médicos diese buen tono al escritor. En realidad, la sátira, para que logre su pretensión, exige una determinada postura sentimental del lector y del autor que Goyanes ha comentado certeramente tomando de Quevedo esta definición de la letrilla:

Oyente: si tú me ayudas
con tu malicia y tu risa,
verdades diré en camisa,
poco menos que desnudas.

Es decir, que el lector —o el oyente—, ha de ayudar al autor en su propósito. De lo que se infiere que a tantos poetas satíricos debían corresponder en aquella época verdaderas legiones de papanatas que celebraban cumplidamente sus ocurrencias. El caso es que podría escribirse una extensa antología con sólo dedicar a cada poeta un espacio suficiente, pues raro de ellos es el que no clava el aguijón de su sátira en las maltrechas carnes del cuerpo médico medieval. Desde los que pueden estimarse astros mayores en este firmamento poético —Quevedo, Góngora, Lope de Vega, etc.—, hasta los minúsculos libelistas en cuya labor campea el vulgar ripio, la relación se haría fatigosa. Y haríase aún más porque, a decir verdad, la originali-

dad del tema se esfuma bien pronto y todos vienen a caer en los mismos y trillados argumentos.

Hemos de reconocer, a fuer de imparciales y exactos, que las razones alegadas por Goyanes para explicar este encarnizamiento hacia los médicos son justificadas. En los tiempos en que tales desafueros sucedían, la Medicina era, más que una realidad, una aspiración, una noble aspiración naturalmente. Basta considerar el modo y forma en que se aprendía entonces el arte de curar, basado casi exclusivamente en la lectura de los textos de Hipócrates, Galeno y Avicena, y compararlo con lo que hoy se exige al futuro médico, para darse cuenta de la distancia que nos separa. Por eso, no resulta tan impertinente la descripción de la visita médica hecha por don Francisco de Quevedo en *El libro de todas las cosas y otras más* y que reza así:

"Dos refranes para entrar en casa. El "¿qué tenemos?" ordinario. Venga el pulso. Inclinar el oído. ¿Ha tenido frío? Y si él dice que sí. Primero se echa de ver. ¿Duró mucho? Y aguardar a que diga cuánto. Y luego decir: Bien se conoce. Cene poquito: escarolitas, una ayuda. Y si dice que no la puede recibir, decir: Pues haga por recibirla. Recetar lamedores, jarabes y purgas, para que tenga que vender el boticario y que padecer el enfermo. Sangrarle y echarle ventosas, y hecho esto una vez, si durase la enfermedad tornarlo a hacer, hasta que acabes con el enfermo o con la enfermedad..."

En el *Sueño de las Calaveras*, en *Las Zahurdas de Platón*, en la *Visita de los Chistes*, el tema se repite con infinitas variantes:

"Venía gente con gran ruido tras un médico... Eran hombres que había despachado sin razón antes de tiempo..."

"La honra está al arbitrio de las mujeres, la vida en manos de los doctores y la hacienda en la pluma de los escribanos..."

"Fueron entrando unos médicos a caballo en sus mulas que, con gualdrapas negras, parecían tumbas con orejas..."

Y si de la prosa pasamos al verso, el ingenioso y mordaz señor de La Torre de Juan Abad no se queda corto en sus diatribas, aunque haya de reconocerse que posee una gracia picaresca inimitable. Así, por ejemplo, en este soneto XXXIII del *Parnaso*, donde, hablando del médico, dice:

La losa en sortijón pronosticada
y por boca una sala de viuda,
la habla entre ventosas y entre ayuda,
con el "denle a cenar poquito o nada".

La mula en el zaguán tumba enfrenada,
y por julio un "arrópenlo si suda"

No beba vino, menos agua cruda,
la hembra ni por sueños ni pintada.

Ya aparece en estos versos un elemento consubstancial con la personalidad del médico y su función: la mula. Sin sortija y sin mula no hay médico que se estime. De aquí que la intención burlesca tome en cuenta al animal atribuyéndole incluso análoga sabiduría, como en estos versos del mismo Quevedo, romance LIX, en los que hace dialogar a las mulas de tres doctores, poniendo en boca de una de ellas:

El oficio de mi amo,
por más que cura, recelo
que es oficio de difuntos
y que está fuera del rezo.
Ando toda despeada,
un mes ha que no me yerro,
que sólo yerra las curas
el licenciado veneno.

O como en esta letrilla de don Luis de Góngora:

Alguno conozco yo
que médico se regula
por la sortija y la mula,
por el ejercicio no;

Y andando el tiempo, Tirso de Molina, en su comedia *El Amor médico*, vuelve sobre el mismo tema incluyendo en el parlamento de un personaje un pintoresco relato del cual se deduce que un pobre hombre tenía "una postema" oculta en cierto lado del cuerpo, que no veía modo de curar. Hasta que un día, el médico

ordenóle una receta
y cuando le fué a dar
la pluma para firmar,
la mula, que era algo inquieta,
asentóle la herradura,
(emplasto dijera yo)
en el lado y reventó
la postema ya madura.
Conque, cesando el dolor,
dijo, mirándola abierta:

“En postemas más acierta
la mula que su doctor”.

Tanta fortuna debió tener este relato, que en *También la afrenta es veneno*, comedia de Vélez de Guevara, Coello y Rojas Zorrilla, se reproduce con algunas variantes de las que son estos versos:

El enfermo, que sintió
herraduras, con dolor
dijo: “Este es el doctor”.

No dejan en paz a la mula ni el mismo Quevedo, que insiste en el tema en su letrilla XII:

A su mula mata andando,
sentado mata al que cura,
a su cura sigue el cura
con réquiem y funeral,
y no lo digo por mal.

ni tampoco Lope de Vega que dice en *La mayor corona*:

No dejes médico a vida;
sólo las mulas se queden,
que en la facultad que tratan
lo mismo que ellos entienden.

ni asimismo Pedro Jacinto Morlá, que se expresa de este modo en su *Entremés del doctor Rapado*:

Y metan la mula dentro,
que yo sé que ella puede
el día de hoy, mano a mano,
curar con otro doctor
Hay doctores con mula
que son jumentos.

En fin, basta con lo que antecede para comprender el gusto que le tomaron a esta comparación injuriosa con la cabalgadura. Salta a la vista que la tal presumible semejanza sólo podrá deberse a la falta de conocimientos, y en este punto es justo recordar la crítica acerba que se hace de los médicos en la literatura clásica a propósito de los famosos aforismos hipocráticos y textos galénicos. “Y pues enseñó a matar, bien puedo pretender

que me llamen Galeno...”, dice Quevedo en el *Sueño de las Calaveras*. Y de él también son estos versos que corresponden al romance VI del *Parnaso*:

No estudies mi enfermedad
en Galeno ni Avicena,
que no cabe en aforismos
mi dolor y mi tristeza.
Mis sangrías han de ser
del alma, no de las venas,
la aljaba ha de ser estuche
y los arpones lancetas.

Bella definición del mal de amor que no asoma, en cambio—en cuanto a delicadeza— en este romance XLII en el que Quevedo hace la defensa nada menos que de Nerón y de don Pedro el Cruel a expensas de su comparación con los médicos.

Cruel llaman a Nerón
y cruel al rey don Pedro,
como si fueran los dos
Hipócrates y Galeno.

No cabe más alevosía. Al lado de esto, se queda muy pálida la sátira de don Luis de Góngora cuando dice en una de sus famosas letrillas:

Que sea médico más grave
quien más aforismos sabe,
bien puede ser.

y aun estos otros cuatro versos de otro poeta del siglo XVI:

Te sangraste y te purgaste
¿y no te pusiste bueno?
muérete y descansa en paz,
que no manda más Galeno.

Es lógico, por tanto, que cuando la ofensa al médico pasa de los justos límites y el galeno es también hombre de ingenio con habilidad para la poesía festiva, la defensa se haga de modo contundente y en el mismo lenguaje. Así, por ejemplo cuando se publicó el decreto de expulsión de los judíos dado por los Reyes Católicos, el médico Francisco de Villalobos, que era judío converso, fué atacado por el Almirante, quien le dedicó estas coplas:

Y pues de vuestro linaje
os ha nacido el ultraje,
sabiendo más que Avicena,
mientras la casa se ordena
le debéis servir de paje.

A lo que contestó Villalobos:

Si el físico se tornase
para hacer generación,
era muy justa razón
que el linaje se mirase;
más para ver los meados
y los humores dañados
y examinar los hedores,
mirar los antecesores
son decretos muy sobrados.

No era Villalobos, como se ve, hombre que se aviniese a guardar silencio ante las injurias. Mas, ¿de qué podía servir esta pobre defensa ante ataques que venían de todas partes y corrían después de boca en boca por las retorcidas calles de las ciudades españolas de los siglos XVI y XVII? Triste debió ser en aquel tiempo la condición de médico y ni siquiera la pretendida avaricia a que hacen referencia los poetas satíricos, dándola por cierta, puede justificar la paciencia de aquellos hombres a quienes el cargarse de oro suponía arrostrar una repulsa rayana en los malos tratos de obra. Día tras día, el aluvión de pullas con que les obsequiaban los mismos que al fin y a la postre habían de clamar por su visita cuando el dolor les ponía en un grito, tenía que ser desesperante. Menos mal que Guzmán de Alfarache nos ha dejado una estampa substancial de lo que era el escenario que inspiraba la literatura picaresca al decir que "en este teatro anchuroso del mundo, cada uno hace su personaje, y representan muchos los que no son". Y también que "todos roban, todos mienten, todos trampean, ninguno cumple con lo que debe, y es lo peor que se precian della".

Si, en efecto, es así, el médico resulta entonces uno de tantos y no hay por qué exigirle unas virtudes que los demás no tienen. Las frases de Guzmán de Alfarache valen por toda una larga disertación, como dice el profesor Sánchez Granjel.

Que en el señalamiento de los errores o defectos del médico pueda haber una intención moralizadora, es innegable. Se advierte igualmente esta intención cuando los poetas satíricos diri-

gen sus disparos contra los curas, los escribanos, los boticarios, los abogados...

Ver a un médico sin guantes
y a un abogado lampiño,

dice don Francisco de Quevedo. Y en otra parte: "Estos son los boticarios, que tienen el infierno lleno de bote en bote..."

También se advierte una sana intención crítica en esta octava que para su *Corrección de vicios*, escribiera Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo en el siglo XVII:

¡Oh, vulgo tantas veces engañado,
que no buscas verdad sin apariencia!
pues que juzgas por médico letrado
al que camina en mula, aunque sin ciencia.
El que es por Salamanca graduado,
aunque tenga más cursos de experiencia,
su vida pasará sin quien le ampare
mientras en mula no se graduare.

Ya lo había dicho, con otras palabras, Quevedo, en el *Libro de todas las cosas y otras muchas más*: "Lo primero, linda mula, sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga, y en verano sombrero de tafetán. Y en teniendo esto, aunque no hayas visto libro, curas y eres doctor".

Sin ironía, la ciencia hipocrática se refleja también en muchas comedias de Lope de Vega, como en *La difunta pleiteada*, donde, entre citas latinas, asoma la doctrina de los humores:

—Pues, ¿cuál es la razón?
—Estar muy lleno
de humores densos el cerebro todo,
colusis ataque respirandi sistulis;
quiero decir, cerrados los caminos
de la respiración, y esta es la causa
que no anden los espíritus recíprocos.

Sería cosa de nunca acabar. Una buena síntesis de este tipo de médico, personaje de la picaresca, nos la dá la descripción de Enrique Gómez en su *Siglo Pitagórico*:

Compró media docena
de libros de Avicena,
un quintal de Galenos,

unos guantes de perro, que son buenos,
una sortija, cuatro pañizuelos,
y con estos anzuelos,
desde su mula roma caballero,
iba pescando vidas y dinero.

Dinero. Mucho les preocupaba a los poetas satíricos, y a los que no lo eran pero se ensañaban igualmente con el médico, la cuestión de los honorarios. A cuenta de ellos se han escrito las más crueles diatribas contra los médicos no sólo en el siglo XVI, sino también después. Como muestra, he aquí las palabras que Quevedo pone en boca de Bras Mojón en uno de sus más celebrados entremeses:

¿Tú sabes qué es Medicina?
Sangrar ayer, purga hoy,
mañana ventosas secas
y esotro *kirieleyson*;
dar dineros el consejo,
presentes el que sanó
por milagro o por ventura,
barbar bien, comer mejor,
contradecir opiniones,
culpar siempre al que murió
de que era desordenado,
y ordenar su talegón;
que con esto y buena mula,
matar cada año un lechón
y veinte amigos enfermos
no hay Sócrates como yo.

Y he aquí las que Góngora, por su parte, vomita en una de sus letrillas:

que de un dolor de costado,
con ventosas y sangrías,
despache un hombre en tres días
y que le paguen la cura,
¡Válgame Dios, qué ventura!

Pero nadie, ya lo hemos visto, como don Francisco de Quevedo para ensañarse con los médicos. Y eso que el médico estuvo siempre, a lo largo de la historia, a merced de lo que quisieron darle. Pudieron pagarle con excesiva largueza, que la salud no tiene precio, y lo aceptó complacido; pudieron negarle el pan y la sal y hubo de aceptarlo también, si no complacido al

menos resignado, que no es la Medicina oficio de mercader ni trato de feriante. Es injusto, por tanto, cuanto en una de sus famosas letrillas escribe Quevedo:

El doctor en Medicina
más experto y más bizarro,
es de condición de carro
que si no le untáis rechina.
Al pulso la mano inclina
y quiere, ved qué invención,
que le den bello doblón
por infernales bebidas.
Concértame esas medidas.

Esta es, pues, la eterna invectiva que el médico ha de escuchar de labios ajenos. No sólo Quevedo y Góngora, también otros muchos y entre ellos Enrique Gómez, se despacha a su gusto poniendo en boca de un personaje médico:

Mi cotidiano pan es la sangría;
mi ganancia suave
uno y otro jarabe:
mi hacienda bien ganada
una purga endiablada:
mi mayorazgo, el puiso;
la muerte, mi recurso;
la orina, mi consejo;
la cámara, mi espejo;
mi puñal, un barbero.
la botica, mi acero;
y mi renta segura
la siempre dilatada calentura.

y Lope de Vega, que hace decir a otro personaje en *Amar como se ha de amar*:

¿No has visto tú con la priesa
que un médico sin mirar
recibe cualquier moneda
y después, puesto en la mula,
registra la faltriquera
para ver lo que le han dado?

Se explica que con estas ideas metidas en el meollo don Francisco de Quevedo, en una de sus famosas "proposiciones" se

expresase así: "Para que duren poco las enfermedades: Llama a tu médico cuando estés bueno, y dale dinero porque no estés malo, que si tú le das dinero cuando estás malo, ¿cómo quieres que te dé una salud que no vale nada y te quite un tabardillo que le da de comer?"

Tirso de Molina, el implacable fray Gabriel Téllez de *La prudencia en la mujer* y de *Don Gil de las Calzas Verdes*, que pasa por ser uno de los más conspicuos satíricos a costa de la Medicina y de los médicos, censura también con ardor la "poca ciencia" y la "poca conciencia" de los galenos del siglo XVII, como antes lo habían hecho, además de los ya citados, Cristóbal Suárez de Figueroa y el propio don Miguel de Cervantes, príncipe de los Ingenios. Del primero, es esta sabrosa descripción del médico: "Madrugan; váseles la mañana en visitas. Vienen a comer dadas las doce. A las dos ya esperan las mulas. Vuelven a la noche; cenan y, tras escaso reposo, les obliga el cansancio a buscar los lechos. ¡Santo Dios! ¿Cuándo se revuelven los libros? ¿Cuándo se consultan los Galenos? ¿Cuándo se habla con los Hipócrates? Oigo decir que nunca. ¡Ay, pues, del triste que fía el bajel de su vida de tan ciegos pilotos, de tan noveles marineros!"

Hay en estas palabras un sano juicio, muy distante de la sátira quevedesca y gongorina. Mas que una burla es una advertencia que hoy mismo puede repetirse con sólo cambiar los nombres de Galeno y de Hipócrates por los de los modernos tratadistas. La prisa, según estas palabras, no es un mal de nuestros días solamente.

Menos aceptables son las palabras de Cervantes que, si en alguna ocasión tiene elogios para los médicos y la Medicina, en otra, como en esta de *El Licenciado Vidriera*, se expresa acerbamente: "No hay gente más dañosa a la República que los médicos... Sólo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor, a pie quedo y sin desenvainar otra espada que la de un rípepe; y no hay descubrirse sus delitos porque al momento les meten debajo de la tierra".

Parece, pues, como si hubiera sido cosa obligada para estos insignes hombres de nuestra mejor Literatura, dejar en sus obras constancia de su encono hacia una ciencia que, por estar en mantillas, merecía mejor aprecio. La figura del médico queda por eso impresa con caracteres indelebles en innumerables páginas de nuestra literatura clásica y siempre con los mismos atributos y prevenciones: el hábito exterior, la sortija, la mula, los aforismos, el no saber, el necio quehacer, la comedieta de la consulta, el servicio obligado a la muerte, la lascivia y la codicia. Se han dado cita nuestros poetas, nuestros dramaturgos y nuestros pen-

sadores para una tarea tan unánime como rencorosa. Hay que llegar al *Teatro Crítico Universal* del P. Feijóo, donde siguen encontrándose censuras para los médicos pero también alabanzas adobadas con una gran dosis de buena intención, de sentido clínico sano y despierto, para que el paisaje se tiña con otros colores. Antes del P. Feijóo la defensa esporádica que hacen algunos escritores de la figura del médico, con harta timidez, no impide que su personalidad naufrague en las negras simas de la condenación universal.

Sólo un oscuro médico segoviano, autor de una novela picaresca titulada *El donado hablador* Alonso, *mozo de muchos años*, aparecida en 1624, don Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera, se convierte en paladín del sufrido galeno al narrar su protagonista las peripecias sufridas sirviendo a un doctor. Sus palabras constituyen, como dice Sánchez Granjel, el reverso de cuanto dijeron y repitieron con machacona insistencia los creadores de la literatura picaresca por boca de sus entes de ficción o prescindiendo de este subterfugio. Así, hablando de la profesión médica, se expresa diciendo: "...no tener hora segura de día ni de noche, fiesta ni Pascua para su descanso y quietud, cosa concedida al más trabajado oficial y al más vil sujeto esclavo". Y en otra ocasión, añade: "...no todas las enfermedades se dejan conocer, y, por discreto y docto que sea un médico, no todo lo puede alcanzar, que también hay cosas que de suyo son incurables, y más cuando interviene la voluntad del cielo de que padezca el enfermo y que no le aprovechen de ningún modo los remedios que le aplican. Si siempre los médicos curasen y diesen remedio a los enfermos, ¿qué les faltaría? Eso era asimilarse al divino poder, en cuya mano está el alargar o acortar la vida". Y, enfrentándose valientemente con la acusación de codicia, razona así: "Ya se pasó el tiempo en que contaban que los médicos, pareciéndoles indigna cosa recibir pagas por sus visitas, volvían la mano atrás como teniéndolo por cosa indigna que se premiase con el dinero un deseo y una propia voluntad de procurar la salud al enfermo..."

Tenía que ser un médico, metido de lleno en el oficio de escritor, el que intentase salvar del desprestigio a sus hermanos de desventura. Lo mismo en el gobierno de los espíritus que en los cuidados del cuerpo, cada cual tiene, sin duda alguna, lo que merece. No debieron volar muy alto, ciertamente, los afanes científicos y profesionales del médico en la alta y baja Edad Media, pero menguados ciudadanos debieron ser también los que en la antigüedad clásica asemejaban al médico con el sepulturero y, más tarde, daban tanta importancia en el saber al mé-

dico como a su mula. No puede negarse que en toda época ha habido buenos y malos médicos, pero no es justo identificarles de buenas a primeras con el noble arte que ejercían. ¿Se atrevería alguien a asegurar que la religión y la milicia son un engaño porque hayan podido existir clérigos o milites impúdicos o cobardes? Y, en todo caso, ¿cuántos pueden presentar a los ojos del mundo un código de moral profesional como el que se contiene en el juramento de Hipócrates?

Intermedio.

Han pasado muchos años, decenios, siglos, y la Medicina ha ido transformándose lo mismo que un organismo vivo hasta lograr un desarrollo envidiable. Ya no se habla de humores, ni siquiera de arqueos o de vitalismos, ni al médico se le distingue por la sortija o la mula. Vesalio ha ido descubriendo la intimidad anatómica del hombre, esa complicada máquina que todavía proporciona tantas sorpresas, y William Harvey ha expuesto, como en un curioso experimento de física, el modo en que circula la sangre por esos diminutos canales venecianos que llamamos arterias. Han ido naciendo después la fisiopatología, la química, la anatomía patológica, la microbiología... Un médico, Auenbrugger, ha observado el ruido que producen los toneles de vino al ser golpeados y ha descubierto la percusión; otro, Laennec, ha enrollado un pliego de papel colocándolo sobre el pecho de una enferma obesa y, poniendo el oído al otro lado y escuchando, ha descubierto la auscultación; otro, Roberto Koch, ha tomado excretas humanas, les ha teñido de brillantes colores, les ha puesto en la platina de su microscopio y ha desvelado, siguiendo a Pasteur, el mundo maravilloso de lo infinitamente pequeño... Ya no es el médico, por tanto, ni un desaprensivo, ni un ignorante, ni un egoísta sin tasa. Y, cosa sorprendente, los poetas festivos no se han enterado absolutamente de nada y siguen imitando a Quevedo y a Góngora y a Tirso de Molina con varia fortuna pintando un tipo de médico que ya no se veía por el mundo.

Incluso empieza a darse el caso de que el médico se contagia haciendo una autopsia, como probablemente le ocurrió a Laennec, o asistiendo a enfermos de cólera, como le sucedió verdaderamente a Thuillier, o de otras mil maneras todas heroicas y silenciosas, todas sin concederle importancia y, sin embargo, los escritores hacen como si la historia de la Medicina se escribiese sobre el agua: la burla y el escarnio siguen llenando

sus escritos. Siguiendo los pasos de Molière, en las comedias aparece el médico puesto en la picota del ridículo, y en semanarios y revistas triunfa el epigrama con los eternos motivos de tractores. La originalidad no se ve por parte alguna y hay que echar mano a veces del retruécano y del ripio para que el lector, colaborador del poeta festivo, como ya sabemos, despliegue su sonrisa.

El médico, personaje de esta literatura que se extiende hasta el siglo XIX, sigue siendo el mismo. José Iglesias de la Casa, por ejemplo, escribe imitando a Marcial en el siglo XVIII:

Sin crédito en su ejercicio
se llegó un médico a ver
y él, por ganar de comer,
ya se ocupa en nuevo oficio.
Mas tan poco se desvía
de la afición del primero,
que hoy hace sepulturero
el que antes médico hacía.

En este mismo siglo XVIII, Vicente Rodríguez de Arellano, imitando las letrillas de Quevedo y de Góngora, identifica al médico con la guadaña de la muerte y hace un raro juego de palabras escribiendo:

Está el médico ocupando
la mesa del mediator,
olvidado del dolor
de uno que dejó penando;
prosigue, alegre, jugando,
y en tanto que se divierte
paga el otro con la muerte
del guadaña el embeleso.
¿Y qué tenemos con eso?

Y así podemos ir recogiendo muestras de esta inquina en escritos de don Diego de Torres Villarroel, fray Juan de Ayala, Iriarte, con su célebre fábula *El médico, el enfermo y la enfermedad*, Francisco Gregorio de Salas, etc. En todos ellos, la idea de que el médico es un aliado de la muerte, predomina con una reiteración que produce aburrimiento. Realmente, este tipo de poesía parece una segunda edición corregida y aumentada de la que anteriormente dejamos transcrita.

Al alborear el siglo XIX las cosas no cambian, y eso que la

Medicina y el médico sufren una transformación verdaderamente impresionante. Hasta el gran Mariano José de Larra, el gran "Fígaro", maestro de periodistas, terror de políticos y demoleedor de malas costumbres, empequeñece su excelsa pluma escribiendo contra el médico en su *Sátira contra los vicios de la Corte*:

Y el médico aquí viva, que se entiende
con algún boticario y nos receta
drogas que, a medias con aquél, nos vende

Pecado de dicotomía se llama esta figura. Claro que si el médico era ya aliado de la muerte, ¿qué escrúpulos podía sentir por formar sociedad con un simple boticario?

Si hubiéramos, pues, de citar cuanto se ha escrito en este siglo parodiando lo que se hizo en tiempos pasados, la relación se haría interminable. El médico, para éstos no tan brillantes satíricos como sus antecesores, sigue teniendo los mismos vicios y, por eso, debe bastar no dejar constancia de sus nombres ya que las obras no nos dicen nada nuevo. Juan Bautista Arriaza, Manuel María de Arjona, Pascual Montagut, Porset, Bernat Baldoví, Eduardo Bustillo, Manuel del Palacio, Mesonero Romanos, la fina y delicada Carolina Coronado, Martínez de la Rosa, Manuel Millás, Martínez Villergas, Moratín, Eusebio Blasco, Lasso de la Vega... Algunos, no idean a costa de los médicos más que simples epitafios como éste de Bernat Baldoví:

Cierto médico aquí yace
de ciencia dudosa y varia
cuya receta ordinaria
era el *Requiescat in pace*.

Otros, como Millás, se ceban en el sambenito de la ignorancia:

Es muy sabio mi médico Medina;
baila bien, canta bien, es buen jinete,
maneja la pistola y el florete...
¡Lástima que no sepa Medicina!

Otros, como Ossorio y Bernard, sacan a relucir el tradicional temor al médico para narrar en un simple epigrama:

A Lucas, cierto galeno,
dijo un insulto cruel,

y Lucas, humilde, fiel
no puso al insulto freno.
—Porque—dice, y no os asombre,
con la conciencia muy sana,
¿quién sabe si hoy o mañana
caeré en manos de ese hombre?

Hasta el médico escritor más festivo que ha conocido la literatura española, el ingenioso Vital Aza, hace gala de una donosura sin par siguiendo la corriente a los demás y dejando en comedias y composiciones poéticas que ya su mismo título delata: *El rey que rabió*, *Junta de médicos*, *El médico cazador*, *Visita médica*, etc., la ironía mordaz que en todas partes inspira la figura del médico. ¿Era esto dar la razón a los papanatas o burlarse de ellos mismos no vacilando el médico en repetir jovialmente sus despropósitos? El caso es que el coro de doctores de *El rey que rabió* ha quedado como ejemplo de chispeante ingenio, y un humorismo sano y culto, sin acrimonias ni perversidades, brota de estos versos de *Villa Tula*, estrenada en 1893, en los que un personaje narra el cuento del médico cazador que termina de esta manera:

Gastó en salvas, sin piedad,
lo menos diez tiros, ¡diez!
sin que por casualidad
acertase ni una vez.
Guillermo, que no era un zote,
sino un guarda muy astuto,
dijo para su capote:
—¡Este doctor es muy bruto!
No le pongo como un trapo,
¡Más ya sé lo que he de hacer!
Y al ver pasar a un gazapo
corriendo a todo correr,
—¡Doctor!—exclamó Guillermo
con rabia mal reprimida
¡ahí va un enfermo!... ¡un enfermo!
Y ¡pum!... ¡lo mató en seguida!

El médico en la novela fin de siglo.

Lo mismo que el poeta y el dramaturgo, el novelista revive aspectos del mundo, y sobre todo de la vida del hombre, que

escapan a una mirada superficial. Tiene, es cierto, una libertad de expresión que no alcanza el historiador, pero como él ha de ajustarse a la realidad circundante si no quiere que se le tenga por evadido del mundo físico, por lunático sin conexión aparente con lo terrenal. Por eso, en la novena la enfermedad ha de tener una fisonomía inconfundible o no ha de ser tal enfermedad y el médico ha de reflejarse igualmente con su propia naturaleza si no quiere ser tomado por entelequia pura, por muñeco de trapo incapaz de suscitar emociones o sentimientos.

La enfermedad no suele ser, ciertamente, un tema atractivo para los novelistas —aunque pocos procesos morbosos escapan a la ambición creadora del hombre de letras—, pero en cambio el médico como personaje, como mediador entre la vida y la muerte, como dispensador de posibles bienes, ya es otra cosa. El que más y el que menos teme perder la existencia y considera que el médico está obligado a defendérsela y a ganársela sin descanso, día tras día. Los fracasos de la Medicina se identifican con los fracasos del médico y al revés. Por eso, la figura del médico ha ido tomando carta de naturaleza en la novelística de los últimos tiempos, no sólo porque representa un asidero insustituible en los momentos catastróficos de la enfermedad sino también porque su propia postura humana ante el dolor y la incertidumbre, su manera de enfrentarse con los problemas que crea el infatunio, le conceden un prestigio singular.

El médico, como personaje de novela, une a su condición de sanador y de hombre capaz de conmoverse por la miseria física de los hombres, su otra calidad de espectador excepcional. Y esto le da también a los ojos del novelista un relieve que pueden no tener otros personajes de la comedia humana. Ver la vida como la ven los médicos es estar en posesión de secretos entrañables no siempre fáciles de debelar. Acaso sea esta la razón de que en toda época hayan existido médicos novelistas ya que al no iniciado en los fundamentos de nuestro arte le queda vedado un terreno lleno de posibilidades literarias y artísticas que el médico no se resigna a dejar inédito. Mas, de todos modos, el novelista sabe bien lo que el médico representa en el conjunto de los valores humanos, y es a través de su figuración literaria cómo han ido naciendo personajes y personajillos que ponen al descubierto un tipo de médico que nada tiene que ver con el que en páginas atrás dejamos reseñado.

Podíamos hablar de novela naturalista, en lugar de novela fin de siglo, más aún si consideramos que el naturalismo literario de la novela tuvo su período de auge entre los años 1890 y 1910, pero en realidad, este naturalismo, nacido y criado en

Francia, tiene su representación exacta en nuestros Galdós, Pereda y Pardo Bazán. ¿No hay una evidente y no pequeña distancia entre el modo de hacer de los Goncourt o Flaubert, pongamos como ejemplo, y el preciosismo de Pereda o lo artificioso de Alarcón? ¿Qué novelista español ha narrado con tanta crudeza como Zola? El naturalismo literario francés predisponía al aspaviento y al escándalo, mientras que el de Galdós era un modo de hacer historia y el de Palacio Valdés no pasó nunca de ser una amable crítica de costumbres.

Pero vamos a lo que nos interesa: la novela fin de siglo española, con las excepciones de Galdós y de Baroja, no presenta, en general, más que tipos de médicos desvaídos, poco representativos para basar en ellos un estudio formal. Galdós sí que significa, por toda su obra, un auténtico valor documental, y Baroja, por ser médico, nos merece doblemente un gran crédito, aparte de que no es el novelista vasco hombre que se muera la lengua cuando traza, con cuatro rasgos geniales, la estampa de sus personajes. Otro médico novelista hubiera podido aportar a esta iconografía literaria del médico su saber, su intuición y su experiencia: Felipe Trigo. Pero a Trigo le dominaba de tal modo lo sensual que su vida entera, y su obra, se contraen en atormentados espasmos hasta que a fuerza de querer penetrar en el misterio psicológico del amor total, no encontró otra liberación de sus torturas que el suicidio.

Del personaje médico galdosiano se ha ocupado extensamente, en un bello trabajo, el profesor Sánchez Granjel. Evidentemente, Galdós sentía un profundo respeto hacia la Medicina y, en la génesis de este respeto, como apunta Marañón, hay que situar la probable influencia beneficiosa que ejercieron sobre el novelista tres grandes médicos de la época que fueron sus amigos: el famoso cirujano santanderino doctor Madrazo, Tolosa Latour y don Alejandro San Martín, el catedrático de San Carlos, que legó su cuerpo a la sala de disección. Tres hombres de gran personalidad que por fuerza habían de impresionar favorablemente la mente del novelista.

Sea como sea, lo primero que se echa de ver en Galdós cuando se refiere a sus personajes médicos es la bondad admirativa con que les califica y que ya Sánchez Granjel recoge en su trabajo. En efecto, las palabras "hombre amabilísimo", "hombre de gran saber y de mucha amenidad en su sabiduría", "sabio eminentísimo", etc., se topan a cada paso, con gran escándalo de las cenizas de Quevedo, si es que a las mismas pudiera llegar la referencia. Después, personaje por personaje, la visión del médico galdosiano es excepcional: nada de funebridad, de tristeza,

de pesimismo, en su contacto con el enfermo. El médico galdosiano es hombre alegre, optimista y esperanzado. "Siempre había de estar de fiesta, sin tener en cuenta la gravedad de las circunstancias", dice de Augusto Miquis, personaje médico de *El amigo Manso*; "despidiendo tufo de alegría, como un preservativo contra las tristezas de la Medicina" era Moreno Rubio, de *Fortunata y Jacinta*, y a Teodoro Golfín, el oculista de *Marianela*, le retrata asimismo con estas palabras: hombre de facciones bastas, moreno, de fisonomía tan inteligente como sensual, labios gruesos, pelo negro y erizado, mirar centelleante, naturaleza incansable, constitución fuerte... Su cara, grande y redonda, su frente huesuda, su melena rebelde aunque corta, el fuego de sus ojos, sus gruesas manos, habían sido motivo para que dijeran de él: "Es un león negro". En efecto, parecía un león y, como el rey de los animales, no dejaba de manifestar a cada momento la estimación en que así mismo se tenía..." Pero junto a esta brava pintura que denuncia una fuerte personalidad, el auténtico médico que se propone educar a Nela, la muchacha primitiva y hostil que él va a transformar con sus métodos: "Voy a ensayar en ti un sistema de educación", y añade: "Yo descubriré un nuevo mundo en tu alma, te haré ver mil asombrosas maravillas que hasta ahora no has conocido".

Es decir, que junto a la cordialidad y al efecto profundamente humano que el médico de Galdós siente por sus enfermos, está el ansia de renovación, la aspiración constante por una Medicina mejor y más útil. Algunos de los médicos de Galdós hacen verdadera Medicina psicosomática, como este Augusto Miquis que dice a Angel Guevara con motivo de la enfermedad de su madre: "¡Lo moral!, ¡el espíritu!... Maldita llave. Como se destemple, cuenta que se te desafinarán todas las notas de la gaita. No sería yo médico si no fuera un poquillo psicólogo". O como este otro, Moreno Rubio, que hace tales reconversiones a un familiar afecto de graves trastornos vasculares, que el paciente le pregunta sorprendido:

—"Pero, ¿tú eres un médico o un confesor?"

A lo que el médico, consciente de su misión curativa, no vacila en responder:

—"Las dos cosas".

Este mismo Moreno Rubio, ante el enfermo, "sentía en su corazón pena y lástima de cristiano, pero este dolor le atenaba... con el goce científico". Eran los tiempos del virtuosismo en la exploración clínica, y Moreno Rubio, siente la quemazón intelectual del caso clínico, deleitándose en observar "la marcha metódica de la enfermedad, conforme en cada uno de sus terri-

bles pasos con el diagnóstico que él había hecho; ver y oír cada síntoma; examinar las turgencias, las morbideces, los ruidos tóxicos, las eliminaciones... ¡qué cosa tan entretenida!"

De Augusto Miquis nos dice Galdós: "Todas las teorías novísimas le cautivaban, mayormente cuando eran enemigas de la tradición". Y del doctor Guillermo Bruno, personaje de *Amor y Ciencia*, puesto en sus propios labios: "¿Qué es la humanidad más que una inmensa clínica con apariencias de escuela y de presidio? Curar, educar, corregir, todo es lo mismo". Hay, por consiguiente, en el médico galdosiano, afán de saber, espíritu de renovación, abstracción hecha de las ideas filosóficas y políticas que en aquél momento se infiltraban en el quehacer del novelista como en todos los aspectos de la vida individual y social.

Como no podía ser por menos tratándose de un médico escritor, aunque evadido de la Medicina, en Baroja son frecuentes los tipos de médicos arrancados a la realidad autobiográfica, más que debidos a la imaginación creadora. La acritud proverbial de don Pío se manifiesta, por ejemplo, sin ningún rodeo, en este retrato que hace del doctor Cerezo en *Familia, infancia y juventud*: "Era un vejete ridículo, con unas largas patillas blancas, a la rusa. Había escrito una sifiliografía bastante grotesca, en verso. Aunque no sabía gran cosa, quería darse aires de catedrático, lo cual a nadie podía parecer un crimen: lo canallesco era que trataba con una crueldad inútil a aquellas desdichadas acogidas allí, y las martirizaba de palabra y de obra".

Estos tipos, que el arte de Baroja ha hecho novelescos, entran, sin embargo, más bien en el campo de la autobiografía. Las *Memorias* de don Pío traen a colación no pocos de estos galenos que él tuvo que soportar como estudiante de Medicina, y entre todos ellos destacan por su personalidad y por lo que pesaron en la vida estudiantil de Baroja, esmaltada de fracasos, don Benito Hernando y el doctor Letamendi. Traer a este lugar tales siluetas de profesores no sería propiamente hablar del médico en la literatura sino de historia de la Medicina, pues aunque en todo quehacer novelístico hay que contar con lo autobiográfico, la estampación de nombres, fechas y lugares borra lo novelesco por completo. Otra cosa es el planteamiento de problemas médicosociales o científicos que en su día tuvieron vigencia, como sucede en *La casa de Aizgorri*, donde el tema de la degeneración física y moral que imprime el alcoholismo en la familia de Martín de Aizgorri, es tratado ampliamente por Baroja. El novelista, como se ve, no ha podido desprenderse en muchas de sus obras de su condición de médico.

También en torno a Baroja, la fina sensibilidad del profesor Sánchez Granjel ha elaborado un estudio crítico-biográfico que ha de quedar en la bibliografía como documento insustituible. De esta recopilación de Sánchez Granjel pueden extraerse innumerables tipos de personajes médicos, desde el vulgar médico de familia que aparece en *Los últimos románticos*, hasta seres curiosos por el misterio que envuelve sus vidas y criaturas extrañas con nombres exóticos y psicología sorprendente que sirven los intereses de la Medicina personificando unas ideas tomadas seguramente del mundo interior barojiano. Aquí es donde, probablemente, lo autobiográfico se diluye haciéndose difícil de desenmascarar.

Para dar idea de la multiplicidad de personajes médicos y de las opiniones que sustentan, la mayor parte creadas al amparo de las creencias filosóficas y aspiraciones políticosociales del autor, basta con mencionar a Andrés Hurtado y el doctor Iturrioz, de *El árbol de la ciencia*; el doctor Aracil, de *La dama errante*; Ortigosa, de *César o nada*, y especialmente a un grupo de médicos de ascendencia vasca como el autor, entre los que está el doctor Illumbe, médico de un manicomio de Pamplona, que pasa su vida reuniendo los datos necesarios para componer una "Crania vascónica"; Recalde, médico de Lúzaro, a quien apasionan las mediciones antropológicas en el osario del pueblo, y Soráiz, que en el pueblo donde ejerce estudia la psicopatología de los desórdenes nerviosos.

Sánchez Granjel agrupa igualmente por su fervor germánico y su antisemitismo a otros tres personajes médicos de Baroja: el doctor Leskoff, ruso, que hace investigaciones fisiológicas en Ginebra; el doctor Haller, de Zurich, determinista y antifreudiano, y el doctor Maas, suizo, dedicado a la psiquiatría. Y quedan sin aprobación posible tipos extravagantes como el doctor Armendáriz, de *El estanque verde*; el doctor O'Neil; el doctor Montoya, don Juan Guevera...

Como se ve, el mundo médico barojiano es un verdadero enjambre de tipos curiosos y opiniones diversas, al que no puede ser ajena, naturalmente, la condición de médico de su creador. No sólo por lo que representan en cantidad sino igualmente porque no hay problema antropológico o psicológico que no se plantee bajo el denominador común de los prejuicios científicos de don Pío, no hay novelista de este período histórico que haya dedicado a la figura humana y profesional del médico mayor número de páginas. Respecto a la valoración ética y moral que se recoge del médico en la novelística barojiana, es interesante reproducir lo que en *Dos mujeres* pone el escritor en boca de

un personaje no médico, aludiendo al afán de lucro y preeminencia social que preside, según él, el ejercicio profesional del médico: "...en general, tenía una idea noble de su profesión, la consideraba como un sacerdocio... El tipo de médico del siglo XIX, entusiasta y creyente en la ciencia, que pensaba en los grandes investigadores del tiempo con ternura y creía que colaboraba en el progreso de la sociedad, ha desaparecido"... "el médico actual, con alguna que otra excepción, hace operaciones para cobrar, tiene un gabinete de consulta con aire aparatoso y emplea todas las martingalas más feas para su negocio. Tiene la moral de un charlatán de plazuela y se hace el reclamo con cinismo".

No importa que en otras ocasiones, como *Galería de tipos de la época*, señale Baroja el triunfo social del médico como una de las características de la Medicina actual, y que afirme que "el prestigio verdaderamente enorme de la época moderna es el del médico". Las palabras anteriores, duras como el granito, representan un verdadero aldabonazo en la conciencia profesional del médico, ya que no es posible olvidar su doble personalidad. Y que Baroja no lanza sus expresiones como al azar, entre burlas y veras. Por eso, quírase o no se quiera, las palabras del novelista han de ser tomadas en consideración a la hora de establecer principios y fundamentos.

Tiempos modernos.

Mas, después de estas amargas palabras de Baroja, parece como si la sorprendente voz de los escritores de oficio se hubiera puesto de acuerdo en punto a tejer una corona de alabanzas sobre la maltratada efigie del médico. Ciertamente que en la literatura española de nuestros días aparecen legiones de médicos que no nos dicen nada, antes de ficción que pasan al sueño de los justos sin pena ni gloria, porque unas veces se comportan como hombres vulgares y otras como criaturas de excepción. en cuanto a su calidad humana, pero sin relieve profesional para darles categoría representativa. Tal, por ejemplo, este Joaquín Monegro de la novela unamuniana *Abel Sánchez*. Joaquín Monegro es una criatura patológica que sufre un terrible mal: la hipertrofia del yo; sin embargo, arrastra durante toda su vida un complejo de inferioridad que le sume en la envidia y los celos. Como médico, aspira constantemente a anular a los demás; no dice él mismo a emular o superar: su afán aniquilador le hace inclinarse por la intención destructora y así se expresa en una

ocasión: "Sí; yo aspiro a abrir nuevos caminos. Pienso dedicarme a la investigación científica. La gloria médica es de los que descubren el secreto de alguna enfermedad, no de los que aplican el descubrimiento con mayor o menor fortuna". Y en otro lugar, aludiendo al sueño dorado de otros médicos: "Para otros, el hacer dinero tomando el pulso, mirando la lengua y recetando cualquier cosa. Yo aspiro a más". Joaquín Monegro es un exaltado creador, un verdadero poeta en su profesión, un intuitivo, que se pasa la vida imaginando el día que tenga que dejar su clientela para poder dedicarse a la ciencia pura, a la investigación. Pero la verde serpiente de los celos acaba por convertirle en un personaje atormentado por todo menos por la ciencia.

No es, por tanto, este tipo de médico unamuniano un médico representativo. ¿Lo son, en cambio, los médicos de Azorín?

Azorín tiene un libro delicioso, que titula *El enfermo*, a lo largo de cuyas páginas el lector se enfrenta con unos cuantos médicos, todos ellos admirables por lo que son y por lo que representan. Una verdadera galería de retratos que podría colocarse en el sitio de honor del templo de Esculapio. El primero con quien topamos se define a sí mismo, en el capítulo XIII, con una sencillez encantadora: "Cuando el doctor, en sus visitas profesionales, por las mañanas, entra en una casa, grita: "¡El médico!" Y todos salen a recibirle". Se trata de Primitivo Miralles. "El doctor es trigueño de faz —escribe Azorín—, alto, esbelto, de modales señoriales, reposado en sus movimientos, sentencioso en sus dichos. Cuando el doctor Miralles dice una cosa, después de haber examinado concienzudamente al enfermo, se puede tener confianza absoluta en su diagnóstico".

Pero no sólo esto. Primitivo Miralles sabe perfectamente a donde va como médico. No vive en las nubes, no es un envanecido endemoniado como Joaquín Monegro, no es un escéptico fatalista ni un egoísta ruín. "Con saber el enigma de mi ciencia me contentaría yo —dice en una ocasión—. El drama de que te hablaba no es el de la incurabilidad del enfermo sino el más angustioso, si cabe, de los límites de la ciencia... Ante determinados casos, yo veo que he llegado a la muga de la ciencia y que no puedo avanzar más: las fronteras están cerradas; imposible dar otro paso. Y, sin embargo, ante este pobre enfermo, yo presiento, yo sé, yo afirmo, que dentro de un período de tiempo indefinido, más o menos largo, la ciencia habrá encontrado ya un remedio para el mal que yo ahora no pueda abolir. Y en mi clínica, ante el doliente, que se halla acaso rodeado de sus seres queridos, yo sufro, con la faz serena, sin traicionarme, de este terrible drama interior".

La estampa no puede ser más admirable, dentro de su sencillez. Pero sigamos observando los demás retratos:

Ahora, tres capítulos más adelante, nos presenta Azorín a un médico de la capital de España, pues Primitivo Miralles no pasaba de ser un médico rural. Este de ahora se apellida García de Rodas y es un famoso especialista que se adelanta con los brazos tendidos hacia el enfermo. "...alto, señoril, tiene ademanes dulcemente imperativos; cuando ordena algo, en su voz hay más que acento de mando, el mando de quien sabe mucho, matices gratos de persuasión. Convince con su razonar García de Rodas y persuade con sus afectuosas palabras". El examen es atento, escrupuloso. Da a cada cual el tiempo que necesita, comenta el novelista. Y después de la consulta: "Todo hombre inteligente se impone un plan; en la vida todo es plan: el arte es plan y la ciencia es plan. No podríamos vivir sin un previo trazado de plan. Se estudia asimismo un hombre inteligente y ve lo que le conviene: en alimentos, en sueño, en bebidas, en el caminar, en el estar quedo, en las costumbres todas".

García de Rodas, ya lo estamos viendo, es un hombre sensato. No se le ha subido la corte a la cabeza ni busca lo espectacular o lo maravilloso para deslumbrar a los incautos que acuden de provincias. Otro personaje sencillo, tan sencillo, que a los habituales de la sátira les parecerá siempre como médico un mirlo blanco. ¿Pero, es posible —se dirán— que un hombre así triunfe como médico de moda? ¿A qué país de ensueño habrá acudido Azorín para encontrarle? Pero García de Rodas no es un ejemplar único ni agotado. En Madrid, el enfermo que centra el relato oye complacido la voz de su mujer que le dice: "¿Por qué no vamos a ver a Irala?" Y he aquí que el novelista nos sitúa ante un nuevo personaje médico, don Facundo Irala.

"El doctor Irala es nervioso, vivaz en sus ademanes; su palabra va captando, diríamos que por grados, la realidad; se ve de qué modo pasa de un pormenor a otro, y cómo de éste pasa a un tercero, y así, entre aparentes titubeos, entre tanteos apenas iniciados, llega a un juicio exacto, irreprochable. Y cuando ya, tras una breve examen, tras una breve conversación, está seguro de sí mismo, de su pensamiento, Irala formula su sentencia inapelativa, sin las reservas, al menos mentales, de los otros especialistas".

Como en todos los retratos de Azorín, el detalle minúsculo, la pincelada imperceptible, completa la personalidad. No sobra ni falta nada, está todo justo, equilibrado, ponderado. Por eso, con unas palabras más, Irala acaba de definirse como un médico que no se conforma con la rutina ni con las fronteras cerradas.

Las palabras son éstas: "Será curioso: la psicología del enfermo es una psicología especial. Hay que analizar anímicamente a un enfermo de distinto modo que a un sano".

Con todos estos retratos va haciendo Azorín la apología de la Medicina contemporánea. "El médico, como el artista, es un creador" dice. ¿Cómo serían los médicos de hace dos, tres o cuatro siglos?, se pregunta él mismo poniéndolo en boca de un personaje. Pero lo sabe perfectamente. Sabe, al menos, lo que dicen las sátiras de Tirso de Molina, y se calla, tal vez por prudencia, las procacidades de Quevedo. Pero la sátira es fácil, dice el novelista. "No nos dice, en último extremo, nada". Ahora, uno de los interlocutores es un médico más, Alfredo Landeira, que se define a sí mismo expresando estas ideas: "Podemos estar satisfechos de un nuevo sentido que nos ha brotado: el sentido de la observación. Digo de la observación exacta y minuciosa, como se practica en los laboratorios; la observación de un Pasteur, por ejemplo, frente a la observación de su contradictor, Pouchet, en el pleito de la generación espontánea". Y aquí viene una pregunta que tal vez muchos se habrán formulado sin saber qué contestarse: "¿Qué es lo que haría un médico del siglo XVI a la cabecera de un enfermo grave?" La pregunta se la hace, en la novela de Azorín, Víctor Albert a Landeira. Y éste responde: "Exactamente lo mismo que un médico de hoy".

Para Azorín, por consiguiente, el médico a través de los siglos sigue siendo el mismo. Pensar y sentir, dolerse de no poder hacer más, intentar resolver las incógnitas, y observar, observar siempre, con tanta minuciosidad y paciencia como sean posibles. "El médico como el artista, es un creador". Y nosotros preguntamos: ¿Acaso el hombre de nuestros días, con su saber vivir mejor, con sus dolores evitados y sus días ganados a la muerte, no es una creación del médico?

Cierra Azorín su galería de retratos con el de otro médico rural que de Elda se traslada a Pretel, don Laureano Vera. Parece que sobre el pueblo de Pretel, por un designio divino, la Medicina encarna siempre en figuras ejemplares que se suceden unas a otras sin aparente continuidad. Vera es ya un setentón y, sin embargo, su presencia impone y tranquiliza. "Camina lentamente don Laureano y procede también con despaciosidad en sus decisiones. Habla lo preciso y no reitera nunca lo que profiere; con haberlo dicho una vez, basta... Entra en las casas y grita como sus antecesores: "¡Médico!" Después se sienta y espera. No tiene nunca prisa don Laureano: viene de muy lejos

y no está cansado. Viene de la Escuela de Salerno, en la Edad Media. Y tal vez se remonte también a Hipócrates”.

Es, por tanto, amigo de la simplificación, de la escasa farmacopea, de la confianza en las fuerzas curativas de la naturaleza. Un novelista del siglo XX pinta un médico de la antigüedad. Y con todo y con eso este médico del siglo XX, que parece petrificado en el tiempo, consuela, alivia y cura. Sin epigramas, sin epitafios, sin letrillas, y por supuesto sin ambiciones. Azorín dice que trae en la mano bella amatista y se apoya además en un rotén de muchos nudos con puño de plata. ¿No será don Laureano Vera el mismísimo Esculapio redivivo que porta en la mano el simbólico caduceo?

Y ya que hemos dejado constancia de cómo ve al médico de pueblo la pluma genial de nuestro gran estilista, ¿cómo no recordar lo que el excelso Juan Ramón Jiménez ha dejado escrito en *Alejandro de cobre*, refiriéndose a esta sufrida figura del agro? Para el poeta de Moguer, el médico titular merece la sal y la gracia de estos doce versos:

¡Esta caricatura de sí mismo! ¡Cisquero
hipocrático! —Spencer y Darwin le dirían:
Hombre—. ¡Ciencia de alambre mohoso, bajo un pавero,
que lo apaga lo mismo que a un candil!

Tirarían

a su negror, igual que a un cuervo equivocado,
los cazadores de ocasión y de fraude.

—A falta de una zorra que le alabe el teclado,
su boca, para él, es toda flor y laude—.

A caballo, ¡Dios suyo! sobre un catre de cobre
parece que se abre en canal como el... Rey.

...Al llegar a la puerta de la choza del pobre,
potro y galeno toman el pulso de la grey.

No abundan tanto las alusiones al médico rural en la literatura española, como para no dejar aquí constancia de otra cita interesante debida a la pluma del novelista Camilo José Cela. El creador del famoso Pascual Duarte se refiere en el cuento *Cuestión de acertar* a un viejo titular que no se ha enterado apenas de que los años iban pasando sobre él. La cosa ya no tiene remedio para don Claudio, pues así se llama, y en su viejo caserío ha de rendir cuentas a Dios, pero no sin caminar día y noche a lomos de su yegua cruzando ventisqueros y exponiéndose en las escarpaduras, siempre prodigando el bien. Mejor que cualquier comentario, resulta la transcripción de estos pá-

rrafos finales en los que se pone de manifiesto la cruda verdad del ejercicio médico en el campo español:

“Cuando don Claudio volvió para su casa, al cabo del tiempo, después de certificar la muerte de Julián, venía hablando bajo, como consigo mismo. Lo que decía no se podía entender. Los del pueblo decían que don Claudio hablaba a veces con la yegua.

Su mujer le preguntó:

—¿Ha muerto?

—No; lo dejó para mañana por la mañana.

Doña Rosita era muy miedosa.

—¿Le has dejado algo?

—Sí, le he metido tres pesetas debajo de la almohada; no llevaba nada más encima...”

Tenía razón Benavente, quien, acaso por ser hijo de médico, nos conocía mejor: “Penosa profesión es siempre la Medicina, aun para los que logran cumplida recompensa. No se comprende sin vocación tan decidida como la del sacerdocio. Consagrarse al dolor, luchar contra la muerte, enemigo que cuando huye parece que no hubo mérito en vencerle, y cuando vence, siempre deja lugar a sospecha de que faltó el acierto al combatirlo”.

Y el comediógrafo Edgar Neville hace también la alabanza del médico expresándose en un bello trabajo literario: “Hierran los que se burlan del médico, los que hacen bromas sobre su fallabilidad precisamente por sus fallos. El médico es una ayuda espiritual inapreciable”.

¿Quiere esto decir que las diatribas contra el médico han pasado definitivamente a la historia?; ¿que ya nadie se acuerda de su pretendida ignorancia ni se piensa que la muerte es su compañero de viaje? De ninguna manera. Hace muy pocos años caía en nuestras manos un libro ingeniosísimo, *Galeno ha bebido un poco*, y en sus páginas el autor, médico experimentado que se oculta tras la máscara de un seudónimo, arremete contra los vicios de nuestra profesión con un humor sin bilis que deja el ánimo entre perplejo y satisfecho. ¿Es este un libro serio escrito en broma o es un libro humorístico escrito en serio, como en él se pregunta? En realidad, después de su lectura es bastante difícil poder contestar. Tomemos algunos ejemplos:

“Un médico podría decir a sus enfermos:

—Como esas molestias desaparecerán, seguramente, ellas solas, sin necesidad de medicación, no le receto nada; sólo en caso de extrema necesidad llegaríamos a ello.

Pero ese médico, antes de un año, se habría quedado sin clientela.

Si queréis saber quiénes son los médicos que más visitan tienen y más dinero ganan, averiguad el número de recetas que extienden a cada enfermo”.

“En todas las ciudades suele haber un médico reputado, un médico que elige la moda casi siempre y que suele renovarse cada quince o veinte años. A él recurren los pacientes del contorno como a un sumo salvador de apelación suprema. No hay en la ciudad enfermo de importancia que ellos no vean ni moribundo que no controlen antes del viaje final... Pero ¿no te ha visto don Fulano?—exclaman las gentes de alrededor. En efecto, insólito y escandaloso resulta para todo enfermo que se estime el morir sin ser estampillado por el doctor de moda”.

He aquí una especie de copla:

Si cura y no diagnostica
es un pobre curandero;
si diagnostica y no cura
es un eminente médico

Y una *boutade* ingeniosa: “Acostumbran los médicos a envanecerse de la curación de todos los enfermos que recuperan la salud. Pero, en una gran proporción de casos, hay entre la acción del médico y la curación de la enfermedad la misma relación que puede existir entre el astrónomo y el eclipse que predice”.

Como se ve, Adán Be, que tal es el seudónimo del autor de *Galeno ha bebido un poco*, es más un moralizador y un crítico que un satírico al uso y abuso de los que antes dejamos hecho mérito. Para él la Medicina tiene, en algunos aspectos, mucho de farsa, y por eso arremete contra los que la cultivan a sabiendas de que su postura es engañosa. Baroja venía a decir lo mismo aunque con palabras mucho más severas y condenatorias. Lo que en el médico novelista es acrimonia y hostilidad, el médico humorista lo convierte en palmetazo irónico.

En fin, si hubiéramos de espigar, una por una, en todas las obras literarias que, sobre todo en la novelística de los últimos tiempos, han escogido al médico como personaje principal o secundario, y fuera nuestro empeño dar fe de cada tipo haciendo resaltar de cada cual lo positivo y lo negativo, lo que puede estimarse como vicio y lo que merece ser resaltado como virtud, no acabaríamos nunca. Todos los días puede decirse que nacen innumerables entes de ficción y entre ellos el médico sigue ostentando su excepcional categoría porque en sus manos están —al decir de las gente—; la salud y la enfermedad, la sonrisa y las lágrimas.

mas. Claro que esto no es verdad más que a medias, pero la Literatura, como la humanidad que pulula en torno nuestro, reconocen al médico un papel preponderante y justo es que lo aceptemos así.

Las nuevas corrientes doctrinales y especulativas, las concepciones atrevidas, las hipótesis, el constante espíritu de renovación que informa la marcha científica de la Medicina, no pueden, por eso, por menos de reflejarse en las narraciones contemporáneas, y así vamos asistiendo a la creación de tipos de médicos que en nada se parecen a los de antaño. Del mismo modo, la socialización del ejercicio médico, la conversión del médico de familia en simple funcionario, la atroz lucha por la existencia en un ámbito lleno de rencor y de dificultades, va también, aunque con timidez, asomándose a las páginas de la novela realista de hoy. Si la Literatura ha de tomar su materia prima de la vida misma, esto tiene que ser inevitable.

El doctor Inverosímil, de Ramón Gómez de la Serna, representa en este sentido la visión casi profética de algo que ha venido después a ponerse de moda: la Medicina psicosomática. El doctor Vivar, protagonista del relato, hace medicina psicosomática en un momento en el que nadie hablaba todavía de este modo de entender el arte de curar. Abundando en lo que antes decíamos, *Hospital General*, de Pombo Angulo, es reflejo doloroso y placentero de las luchas mantenidas entre médicos por alcanzar metas insuperables, como *Volvió la paz*, de Enrique Nacher, es la expresión de lo que significa el azar en la trayectoria, llena de peligros, de tres camaradas que salen juntos de la Facultad, y *Con los ojos abiertos*, de Leopoldo Cortejoso, patentiza la áspera lucha del tuberculoso pobre, así como la psicología del médico de sanatorio popular, y *Las cuatro vidas del doctor Cucalón*, de Santiago Lorén, representa la apología del clásico médico de cabecera en trance de convertirse ya definitivamente en pieza de museo.

Con estos cuatro últimos nombres, de médicos novelistas todos ellos, queremos cerrar el panorama de lo que la literatura moderna nos ofrece en punto a dibujar, más o menos certeramente, tipos de médicos que se ajustan a una realidad rabiosa y urgente. Médicos desvaídos, borrosos, imprecisos, sin contextura de tales, se advierten en otras novelas: médicos histriones, como los de *Siempre en capilla*, galenos fantasmas, como los que pueden desprenderse de la lectura de *Pabellón de reposo*, médicos rurales que naufragan en su ambiente, como el que aparece en *La mujer nueva*... No; el médico en la Literatura no nos interesa como personaje episódico. Buscamos lo que en él

pueda haber de arquetipo, lo que aún pueda conservar entre los pliegues de su alma de humano y de divino, lo que valga para testimoniar ante las multitudes futuras el esfuerzo de una generación por alcanzar la plenitud en la curación y alivio de las dolencias del hombre. No olvidemos nunca que la Literatura es asimismo Historia y que la Historia la hace también el médico por lo que crea, por lo que salva y por lo que contribuye a un futuro mejor.

Veinte años después.

¿Cómo será, o cómo no será, el médico del futuro? ¿Seguirá la técnica infiltrándose en su trabajo, convirtiendo la apasionante tarea del diagnóstico en artificio de fórmulas matemáticas? ¿Se acortará aún más el coloquio entre médico y enfermo, mirándose el uno al otro como seres extraños? ¿Se despersonalizará progresivamente hasta quedar en simple engranaje de una máquina gigantesca? Todas estas preguntas se le vienen al médico a los puntos de la pluma inevitablemente, y todas estas preguntas tienen su importancia para intuir la forma en que nos verá la Literatura del futuro.

Sólo veinte años más tarde y es posible que la Medicina haya cambiado bastante. Claro está que esta hipotética ventana al tiempo nuevo es más propicia para soñar que para especular, pero no es menester un gigantesco esfuerzo de imaginación para comprender que el médico y la Medicina están en trance de sufrir una transformación considerable. Por un lado la socialización, por otro las perspectivas de la era atómica, por otro la desorientación de las ingentes multitudes que todos los años irrumpen en el campo de la Medicina con su flamante título bajo el brazo... O mucho nos equivocamos, o el médico no será ya nunca lo que fué ni se parecerá, por desgracia, a cualquiera de esos médicos ejemplares que Azorín nos dejó magistralmente pintados en las páginas de *El enfermo*. Y eso que, hurgando en el bosque animado de la Literatura para topar con tipos de médicos representativos, hemos dado con una página del inmortal Cervantes, que todavía tiene una vigencia indiscutible en el momento actual y que podría servir de justificación y disculpa a los yerros presentes. Pertenece al *Coloquio de los perros* y es entre Berganza y Cipión que se desenvuelve este diálogo que no tiene desperdicio:

“Berganza: —Desa manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los días pasados a un estudiante pasando por Alcalá de Henares.

Cipión: —¿Qué le oiste decir?

Berganza: —Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los dos mil oían Medicina.

Cipión: —Pues, ¿qué vienes a inferir deso?

Berganza: —Infierno, o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y malaventura) o ellos se han de morir de hambre”.

Luego esto de la proporción —¡funesta proporción!— no es cosa tan nueva como a primera vista podía parecer y como la condición olvidadiza del hombre la supone.

A pesar de todo, tenemos fe en que las puras esencias del médico y de la Medicina se sigan conservando a través de cambios y revoluciones, por demoledoras que sean. Vivimos ya inmersos plenamente en un materialismo desgarrado que hace tambalear todos los valores espirituales y, a pesar de todo, ¿cómo nos ven los hombres de letras? No hace mucho tiempo, la mirada casi se nos humedecía leyendo estas consoladoras palabras: “¿Con qué se paga al hombre que nos devuelve la vida? No tenemos nada que darle. ¿Y entonces? En sí mismo, en sus manos temblorosas, en su cálida fatiga, en esa dulce alegría interior de las profesiones heroicas, está el premio diario de la lata tarea. Otra cosa no es posible. Ni siquiera la alegría del descanso”. Y Enrique Llovet, autor de estas líneas, no es médico, aunque se duele y se alegra como si lo fuera. ¿Qué es, entonces, el médico para él y para muchos otros? Ni ángel ni demonio, hombre nada más y hombre con tanta alegría interior por lo que sabe y ejecuta, como amargura por lo que ese “no tenemos que darle” significa moral y materialmente.

Por esta ventana hipotética que se asoma a la incógnita del futuro, vemos así al médico y deseamos que nos vean los escritores. Día tras día, incansable y tenaz, él sigue empeñado en la lucha, unas veces inventando lo que puede ser útil y otras lo que puede ahorrar sufrimiento. Georges Duhamel narraba recientemente que tiempo atrás, en un día no lejano, escuchaba a dos cirujanos franceses famosos que hablaban de Medicina; uno de ellos, hombre de imaginación viva y audaz, acababa de inventar cierta nueva operación y de reglar su técnica.

—¡Ah! —le dijo, de pronto, su colega—; vos inventáis operaciones y eso está muy bien y es admirable, pero yo sueño sin cesar en el día en que el progreso me dispense de ejecutarlas, pues las que realizo, las hago en contra de mi voluntad.

Y, ¿no es el cirujano uno de los múltiples demonios que a veces inspira terror a las gentes? Pues he aquí cómo él desea

también no abandonar la lucha sino hacerla más incruenta, menos dolorosa.

Por tanto, ni el ángel tiene por qué replegar sus alas ni el demonio por qué sonreír mefistofélicamente. Quédese el médico en figura de hombre, de hombre nada más —y nada menos— más de hombre empeñado en seguir luchando contra la muerte, aunque se nos niegue el amor y se nos discuta el descanso. Bien está que el castigo nos venga de la misma mano que se nos tendía en ademán de súplica, con tal de que el premio nos llegue de la mano de Dios.

LEOPOLDO CORTEJOSO

*De la Asociación Española de Médicos
Escritores y Artistas.*

Trabajo que compartió el *Premio Izquierdo* 1956, del Excelentísimo Ateneo de Sevilla.

